

044. La pista de la felicidad

Hay un número en el Catecismo de la Iglesia Católica sumamente sencillo, pero sumamente rico también. Nos dice estas palabras: *El Decálogo, el Sermón de la Montaña y la catequesis apostólica nos describen los caminos que conducen al Reino de los cielos* (1724, 1721, 1718)

No dice más, pero tampoco dice menos.

Antes, nos ha recordado el principio que debemos tener más metido en la cabeza y que hemos aprendido desde niños: *Dios nos ha puesto en el mundo para conocerle, servirle y amarle, y así ir al cielo.*

Entonces, ¿qué hacemos? ¿por qué optamos? ¿por qué camino nos decidimos? Porque ante nuestros ojos están siempre esos dos caminos que nos describe magistralmente, y con palabras tan sencillas, el primero de los Salmos de la Biblia. Ante nuestros ojos se abre el camino de los malos —tan placentero, tan divertido— pero que lleva a la perdición. Y también el camino de los buenos, a veces un poco áspero, pero seguro del todo para conseguir la felicidad en este mundo y en el otro.

El Catecismo de la Iglesia Católica quiere ser muy preciso, y nos recuerda: Un solo fin, Dios. Ese Dios que se ha dignado señalarnos el camino en sus tres etapas muy definidas:

- el Decálogo, o los Diez Mandamientos, que ya señaló Dios a los hebreos desde el Sinaí;
- las Bienaventuranzas, o el espíritu del Evangelio traído por Jesucristo y que lleva a su perfección aquellos Diez Mandamientos primeros;
- y la Catequesis de los Apóstoles, es decir, la doctrina de Jesucristo, tal como la entendieron los Apóstoles, guiados por el Espíritu Santo, y que transmitieron a la Iglesia para ser observada hasta el fin de los siglos.

La Catequesis de la Iglesia no hace sino interpretar y aplicar en la vida diaria del cristiano las Bienaventuranzas proclamadas por Jesucristo, las cuales llevan a su perfección última la única y eterna Ley de Dios.

Esta es la verdad que nos enseña nuestra fe y que no tiene otro fin sino darnos la felicidad en este mundo y en el otro.

Todos queremos ser felices ya desde ahora y nos debemos convencer de que sólo en Dios y cumpliendo su voluntad es como conseguimos la dicha que no engaña. El mismo Catecismo nos trae las palabras de San Agustín, que le dice a Dios: *¿Cómo es, Señor, que yo te busco? Porque al buscarte, Dios mío, busco la vida feliz, haz que te busque para que viva mi alma, porque mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti. Sólo Dios sacia.*

No vayamos a pensar que esto lo sabemos sólo por la fe. De una manera experimental nos la proclaman hombres que no conocen freno en el gozar de la vida y otros que se apegan tenazmente a Dios.

Como aquel turista inglés, rico, y que no se privaba de ninguna satisfacción. Emprende un viaje de placer a Suiza y alquila un guía que le lleve hasta las más altas cumbres de los Alpes para disfrutar de una espléndida salida del sol. Este placer tan inocente ya no era el de las mujeres y el licor... Efectivamente, queda pasmado ante la belleza de la naturaleza en aquel bello amanecer. Pero está tan lejos de Dios, tan lejos... Abre la mochila, y, al acabar su desayuno, saca el bloc de notas, escribe algo y entrega

el papel al guía. Antes de que éste pueda leer lo escrito, el turista se lanza precipicio abajo y se despeña contra unas rocas. En el papelito se leían solamente dos palabras: *Estoy aburrido*.

Los Mandamientos de Dios se los saltaba siempre para gozar y no entendía para nada eso de la felicidad en Dios.

Tan al contrario de aquella monja célebre. Era nada menos que la hija de Luis XV, el rey de Francia. En la corte de su padre, fastuosa y célebre por sus fiestas descomunales, sus derroches y sus vicios, la joven princesa siente asco de la inmoralidad y nota un vacío enorme en su corazón. Entre los grandes de Europa son varios los que sueñan en amores con ella, pero la chica, con el fin expreso de conseguir de Dios la salvación de su padre, desdeña a todos y se encierra en un pobre monasterio de clausura. Lamentos estériles en las cortes reales y desdén por una resolución tan valiente. Pero la joven religiosa confiesa al Emperador de Alemania: *Carmelita ahora en mi celda, soy más feliz que aquella princesa del palacio*.

Había entendido la Bienaventuranza de Jesús: *¡Dichosos pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!... ¡Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia y santidad de Dios, porque serán saciados!... (Mateo 5,6)*

El gran Catecismo tiene el cuidado de decirnos que esos Mandamientos de Dios y las Bienaventuranzas de Jesucristo los entiende, los enseña y los aplica en toda su pureza la Iglesia Católica con su catequesis. Ella enseña siempre lo mismo. Sabe que es depositaria de una verdad inmutable. Cambian los pareceres y los gustos del mundo, pero la Iglesia se mantiene siempre fiel a Dios y a Jesucristo su Fundador. Siguiéndola, no nos equivocamos. Es ella quien nos señala, siempre contra corriente, dónde están la dicha y la felicidad verdaderas: en Dios, sólo en Dios. Lo demás, es correr fuera de camino.

El hambre y sed de felicidad nos lo ha metido Dios en el corazón para que le busquemos a El, convencidos de que sólo en Dios quedarán saciados todos los anhelos del corazón. Siendo ésta una verdad tan clara, que roza la evidencia, nos vienen ganas de preguntarnos: ¿Cómo es posible que haya tantos equivocados, si Dios ha señalado tan claramente la pista?...